# ¿Que por qué es nec

**Alfonso Sastre**

Ante una pregunta así yo empiezo por preguntarme a mí mismo si el teatro es verdaderamente necesario en la vida humana, y me inclino a responder que no. En otros trances como este me he acordado de aquella obra, *Crepúsculo del teatro*, que el autor francés, hoy olvidado, H. R. Lenormand estrenó en París (1934) sobre la desaparición de un teatro y su sustitución por un cine. En ella un grupo de actores y un autor, náufragos del último espectáculo, hacen sus reflexiones melancólicas al respecto, en un ambiente que muchos años después (1992) recogió el grupo andaluz La Zaranda, en su espectáculo *Perdonen la tristeza*.

# cesario el teatro?

Los actores van a abandonar el local mientras se recogen los restos del escenario destinados —los que no arden porque así lo dispusieron las ordenanzas contra los incendios— al pesaje en la romana del trapero («deberían pagarme por llevarme todas estas porquerías»). Para mí son memorables, en esta obra, las palabras de unas gentes para las que el teatro es, efectivamente, necesario, pero solo voy a tomar el momento en el que quedan solos la Actriz y el Autor, en el desolado escenario:

> **LA ACTRIZ.** Vámonos ya, querido.
> **EL AUTOR.** ¿Pero es posible? No puede ser que todo esto desaparezca como una niebla, como un sueño. ¿Los hombres van a vivir sin teatro? [A él le parece imposible. En otro momento, un actor ha dicho que el mundo seguirá igual que cuando había teatro «pero nosotros ya no podremos vivir en él».]*

En el espectáculo muy posterior y equivalente de La Zaranda, hay unos personajes que son gentes del oficio teatral, y que aquí actúan en función de traperos ocasionales de una actividad que fue gloriosa y hoy está perdida. Para ellos, las cosas son así:

> **UNO.** Esto [el Teatro]* se ha terminao.
> **OTRO.** Y parecía eterno.
> **UNO.** Sí, pero se ha terminao. [A ellos, por lo demás, no les importa mucho.]*

Por lo que a mí se refiere, mi opinión no parte de la indiscutibilidad de que el teatro sea necesario para la vida humana. Para un apasionado del teatro, como lo fue el ruso Nicolás Evreinov *(El teatro y la vida),* la actividad teatral forma parte esencial (como un instinto más) no solo de la vida humana, sino de la vida animal en términos generales. Sin embargo, yo prefiero aceptar que la vida humana es viable y aceptable sin la existencia del teatro entre sus ocupaciones y horizontes; sin el teatro, digo, en el sentido técnico de la palabra; y de hecho hay muchos lugares en los que ese bien cultural que es el teatro no existe.

Durante la Segunda República, La Barraca, con García Lorca y Ugarte a su frente, fue con su carro a muchos lugares en los que el Drama era un fenómeno ignorado, y no por ello aquellas comunidades vivían una vida no humana. Paradójicamente, en aquel hecho de un grupo ciudadano que representaba para unos lugareños un auto sacramental de Calderón de la Barca, estos aldeanos descubrían el teatro y, al descubrirlo, se descubrían a sí mismos: se revelaba en ellos su propia esencia, o, por mejor decir, su propia condición: una faceta de ella, oculta hasta aquel momento. Ortega había de decir unos años después *(Idea del teatro)* que ya desde sus orígenes el ser humano había sido «cazador y farsante».

Quienes efectivamente amamos el teatro (pero sin exagerar) decididamente podemos vivir sin teatro, sin verlo y sin hacerlo; solo que entonces nuestra vida es un poco más pobre e incluso podemos llegar a pasarlo muy mal, terapéuticamente hablando. Eso es verdad; pero nada más que eso. Por lo demás, la esencia popular del drama se revela todos los años, entre otras manifestaciones, en los carnavales; y en cualquier parte, a cada momento, un ser humano decide disfrazarse y hacerse ver como «otro», ya lúdicamente, ya con propósitos prácticos (por ejemplo, en una entrevista para obtener un empleo) por sus convecinos, colegas o jefes. En lo que le mueve a ello reside la «necesariedad» del teatro y la garantía de que nunca ha de desaparecer en el campo de la cultura, tan arraigado en el de la biología. Como se ve, queda subrayado una vez más el carácter paradójico del teatro en la vida; y es que se trata de un fenómeno que desmiente en la práctica el principio lógico de «identidad» o «no contradicción». Es un tema interesante este del teatro como actividad paradójica, y de algunos de los aspectos que presenta esta cuestión voy a ocuparme en un librito próximo. ■

Un ser humano decide disfrazarse y hacerse ver como «otro», ya lúdicamente, ya con propósitos prácticos. En lo que le mueve a ello reside la «necesariedad» del teatro.

* Las acotaciones son mías.